

HACIA LA CASA DEL ENCUENTRO: ITINERARIOS TRANSCULTURALES Y TRANSDISCIPLINARIOS

Fr. Roberto
Claudio
Tomichá
Charupá, OFMconv

El icono de Betania (Jn 11-12; Lc 10), asumido por la CLAR para el trienio 2012-2015, nos invita en modo particular a las/os religiosas/os a vivir experiencias auténticas de encuentro, de interrelaciones fraternas y sororales, que han de generar vida plena en todas sus dimensiones (cf. Jn 10, 10). Jesús de Nazaret, en sus encuentros con Marta, Lázaro y María, nos muestra un estilo de vida e inter-relación que nos hace más humanos, más prójimos (Jn 11, 4-5.33-36). Marta nos enseña a profesar la fe en el Mesías (Jn 11, 27: “Sí, Señor, yo creo que Tú eres el Cristo”) que se expresa en la diaconía, en el servicio. Lázaro nos interpela a vivir en la libertad del Espíritu, de la *Ruah* (Jn 11, 1-44). Mientras María nos invita a derramar un perfume de donación, de amor (Jn 12,1-8; Lc 10,38-42), que ha de impregnar toda la casa (Jn 12,3), para contrarrestar los malos olores de la muerte (Jn 11), de todo aquello que atenta contra la vida, del anti-Reino latente en nuestras vidas y en nuestros pueblos.

Dos mujeres y dos varones se encuentran en una casa, viven la fraternidad y sororidad en espacios abiertos a las/os demás, preocupadas/os por la vida de las/os pobres

y marginadas/os y por la creación de Dios. Gracias a Jesús, Marta, Lázaro y María aceptan liberarse de las “piedras” y “ataduras”, salir de sus sepulturas para caminar con aquella libertad de ser hijas/os de Dios. Es todo un ejemplo para la vida consagrada actual: ser perfume de encuentro, de sencillez y humildad, de respeto y cuidado, que inunde nuestra casa común, nuestra madre tierra, nuestra *Pachamama*. Aprender a encontrarnos es todo un itinerario, un aprendizaje de inter-relaciones, que llegan a ser trans-relaciones, que encuentran su sentido último en el Misterio de Dios, Uno y Trino, fundamento último y definitivo de toda inter-relación humano-cósmica.

El arte de lo “trans” como propuesta de vida: un aprendizaje cotidiano

El prefijo “trans” proviene del latín “*trans*” (“a través, más allá”), que, en el castellano de uso corriente, suele tener tres significados estrechamente relacionados: a) “más allá de”, “al otro lado de”, “en la parte opuesta”, como en los siguientes sustantivos, adjetivos o verbos: transnacional, transatlántico, transpirenaico, transportar, trasladar;

b) “a través de”, como en: transducción, translúcido, transmitir, transatlántico, transparente; c) cambio, mudanza o trastorno, como en los verbos: transformar, transferir, transponer, transliterar, trasplantar, trastocar, trastornar¹.

En general los términos denotan un *movimiento o proceso inicial* con el propósito de alcanzar un objetivo o una *situación final* distinta de la primera, a través de diversos senderos, estilos y mediaciones. Se trata de un proceso dinámico, complejo, abierto, de ninguna manera lineal, más bien, sujeto a vaivenes y contradicciones; comporta un aprendizaje permanente, cotidiano, por lo que se requiere mucha escucha y apertura, tanto a la propia interioridad como a las voces (o ruidos) del entorno. En este proceso es importante caminar, aventurarse, vivir en tienda (*suká*), creer-confiar (*fides qua*) realmente en el Espíritu Santo, que es “Señor y Dador de Vida”, como reza el credo Niceno-Constantinopolitano.

En esta itinerancia nomádica se realiza el *encuentro* con otras personas, particularmente con las más pobres y marginadas; con otros seres vivos, que nos recuerdan que no somos la única espe-

cie sobre la tierra; con la creación entera, que “gime y sufre dolores de parto” (Rom 8, 22), a la espera del anhelado y pleno rescate. De modo que Betania, en cuanto casa de encuentro, no es sólo la meta final, sino el presente, la historia cotidiana, el sentido de toda persona que responde a los “signos de los tiempos” con arte evangélico.

En síntesis, el prefijo “*trans*” es un símbolo lingüístico-teológico-espiritual de toda/o discípula/o-misionera/o, que se anima y apuesta a caminar con densidad cada momento de su existencia, haciendo presente la alegría del Reino de Dios, con la *única certeza* de sentirse en posesión de las “primicias del Espíritu” que sostiene la vida de toda persona creyente.

¿Cómo vivir la densidad simbólica de lo *trans* en cuanto itinerancia de una vida que pretende ser auténtica? ¿Qué interpelaciones deben asumir en concreto las/os religiosas/as para ser fieles al propio carisma de “consagradas/os”? ¿Qué inspiraciones prácticas nos deja el icono de Betania?

Relaciones trans-culturales: más allá de discriminaciones etnocéntricas latentes

El camino de la vida es encuentro inter-relacional con personas concretas, que sienten, viven y expresan, según modalidades y circunstancias diversas, tanto sus búsquedas, logros, alegrías, buenos deseos, como sus inquietudes, desánimos, desarmonías y contradicciones. Las religiosas/os sabemos muy bien los retos que comportan las relaciones interpersonales y los límites institucionales en el proceso de formación humana, a pesar de los esfuerzos realizados. En nuestras casas religiosas perviven en modo abierto, sutil o encubierto, los nacionalismos, los etnocentrismos, los regionalismos... que contradicen toda vocación, no sólo a la Vida Consagrada sino a la misma vida cristiana.

Aquí pueden surgir varias preguntas: ¿Será que realmente queremos convertirnos a Jesucristo, como principio fundante de nuestra existencia, o simplemente conservamos una imagen cómoda de nuestra fe, limitada a

prácticas, devociones, sacramentos, contenidos o teologías que no transforman nuestra vida? ¿Será que nos hemos quedado como simples “cristianos/as culturales” o -en el peor de los casos- permanecemos en la Vida Religiosa para conservar estatus, comodidades, o simplemente porque no tenemos el coraje de retirarnos?

Para quienes aspiran (aspiramos) a una Vida Religiosa más auténtica en su dimensión comunitaria (*ad intra* y *ad extra* de la estrecha casa religiosa) es fundamental asumir hoy en serio la transculturalidad, como principio y criterio de una vida relacional. En efecto, es preciso recordar que “una cultura real es el resultado de múltiples superposiciones, interferencias, modificaciones, negociaciones, selecciones y reestructuraciones de elementos culturales diversos, que llevan a una «hibridación» cultural”, pues “las culturas de ayer se han «trans-cedido» hacia las culturas actuales, y las culturas de hoy van a «trans-ceder» hacia culturas inéditas”². Sabemos, en teoría, que no existen culturas puras, pero, en la práctica, nos cuesta -o tal

vez en lo profundo no queremos- escuchar, aceptar, aprender e incorporar en nuestras vidas y espiritualidades las tradiciones simbólicas diversas de las personas con quienes convivimos.

Dado que vivimos un “cambio de época” o “cambio de eje”, resulta fundamental recuperar la forma de vida de las primeras comunidades que fueron en gran medida plurales y transculturales, es decir, supieron ir más allá de las prácticas convencionales o políticamente correctas, para avanzar hacia una mística-profética de profundas interpelaciones éticas. A propósito, conviene, por ejemplo, la participación activa de la mujer en las comunidades cristianas y en la sociedad. ¿No será importante hoy recuperar ese protagonismo femenino e impulsar estrategias intraeclesiales creativas? ¿No será que la vida religiosa, particularmente femenina -que constituye más del 70% de la Vida Religiosa total- está llamada a responder con rigor teológico-espiritual y testimonio profético a los desafíos de la transculturalidad? ¿O será -como se constata en muchos encuentros sobre Vida

Religiosa- que entre nosotras/os hay miedos, falta de fe y poca confianza en el Espíritu?

Mentalidades y actitudes transdisciplinarias: hacia una armonía formativa interior

En el campo más reflexivo, académico o “científico”, algunas tendencias actuales pretenden también superar aquellas dicotomías (razón y experiencia; teoría y práctica; espíritu y materia; ciencia y arte...) y clasificaciones (ciencias exactas y experimentales; empíricas y especulativas, humanas y sociales...), propias del quehacer académico reciente, con el propósito de aspirar a una visión más relacional, integradora y armónica, de aprendizaje mutuo. Evidentemente, la reflexión también quiere estar en sintonía con las aspiraciones y búsquedas de hombres y mujeres de buena voluntad, especialmente de aquellos grupos inquietos -como podrían ser algunas/os integrantes de la Vida Religiosa- que generan, construyen, recuperan y viven con espíritu crítico las tendencias socioculturales, políticas, económicas y religiosas, no siempre respetuosas de la vida plena

humana, en lo personal, lo relacional y lo ambiental.

Es así que desde hace algunos años se habla de transdiscipliniedad, concepto entendido como “formas integradas de investigación” que aborda y asume en modo serio, profundo y amplio “los conjuntos problemáticos” de una determinada *realidad* considerada compleja, transitoria, bio-diversa... Esta perspectiva metodológica o, mejor se podría decir, *actitud* de vida, acoge las variadas *percepciones* científicas de aproximación a la realidad. De allí la urgencia de relacionar cada vez más en modo adecuado, auto-crítico y profundo, tales percepciones de la realidad, antes vistas como antagónicas: el conocimiento abstracto y los casos específicos, la teoría y la práctica, el todo y la parte, la reflexión académica y las narraciones de vida. La inter-relación ayudará a superar, por ejemplo, la oposición entre “conocimiento básico” y “conocimiento aplicado” para centrarse más bien “en el marco de estructuraciones dinámicas y agrupamientos heterogéneos y transitorios”³.

De lo anterior surge un estilo propio de investigación académica “que puede sólo emerger si la participación de las personas expertas interactúa en forma de discusión abierta y de diálogo, aceptando cada perspectiva como de igual importancia y relacionando las diferentes perspectivas entre ellas”⁴. Este estilo válido para la investigación científica se aplica también a una *teología*, como la latinoamericana, que pretende siempre sintonizar, reflexionar críticamente y dejarse interpelar *por la realidad total del propio entorno*. Para ello se requiere, por parte de quien hace teología, posturas mentales y actitudes éticas de un verdadero y profundo encuentro, que reconozca los propios límites y se abre a otras metodologías válidas en busca siempre de la verdad, que trasciende los esfuerzos y logros particulares.

En definitiva, la reflexión teológica ha de volver a sus orígenes patrísticos de mutua implicación y relación entre práctica pastoral (vida narrada), profundización teórica (reflexión sistemática) y experiencia mistagógica (encuen-

tro con el Misterio)⁵. Se trata de adentrarnos con arte y creatividad en una ulterior comprensión vital del Misterio de Dios Uno y Trino.

Certeza de la vida: “si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”

Volviendo al punto de partida, Betania como casa de encuentro, a partir de la experiencia de dos mujeres y dos varones (Marta, María, Jesús y Lázaro), es preciso señalar una preocupación central común a las cuatro personas: la vida de un amigo y hermano, Lázaro. En definitiva, cualquier proyecto transcultural y transdisciplinario, en cuanto humano-evangélico, debe acoger siempre el clamor por la vida que brota de hermanas/os nuestras/os que sufren marginación, exclusión y discriminación de toda índole, fuera e incluso dentro de la misma Vida Religiosa. Corresponde a cada una/o creer realmente en el Espíritu Santo, fuente y certeza de Vida, para evitar repetir la frase de María: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto” (Jn 11, 32).

Notas:

- ¹ Consúltense “trans” en línea: es.wiktionary.org/wiki; es.thefreedictionary.com; www.diclib.com; www.rae.es (sitios visitados el 10 de junio de 2013).
- ² J. Estermann, *Interculturalidad. Vivir la diversidad*, La Paz, ISEAT, 2000, p. 30.
- ³ J. Mittelstrass, “Transdisciplinarity. New Structures in Science”, ponencia presentada en la conferencia “Innovative Structures in Basic Research”, en la Schloss Ringberg, el 4 de octubre de 2000. (<http://en.wikipedia.org/wiki/Transdisciplinarity>, visitado: 4/12/2012); S. N. Osorio García, “El pensamiento complejo y la transdisciplinariedad: fenómenos emergentes de una nueva racionalidad”, en *Revista de la facultad de ciencias económicas de la Universidad Militar de Granada*, vol. XX (1), 2012, 269-291 (pdf en la red).
- ⁴ <http://es.wikipedia.org> (visitado: 1/12/2012).
- ⁵ Un ejemplo vivo de este modo de hacer teología: V. Codina, *Diario de un teólogo del Posconcilio*; Bogotá, San Pablo, 2013.